

II Sección

Construcciones ideales y políticas en busca de cohesión social

Madero, ¿un santo? Hagiografía espírita liberal en un escrito de Rogelio Fernández Güell, de 1911

Beatriz Gutiérrez Mueller
Universidad Autónoma de Puebla, México
cuca599@hotmail.com

Recibido: 23 de abril de 2017

Aceptado: 1 de agosto de 2017

Resumen:

En el presente artículo se muestra cómo el poeta y periodista costarricense Rogelio Fernández Güell construye una hagiografía de Francisco I. Madero en un momento clave: el presidente electo de México asumirá la Jefatura de Estado, en noviembre de 1911, y ya se alzan las críticas sobre su falta de “don de mando” y “capacidad” para gobernar la nación después de la Revolución mexicana. A través de persuasivas estrategias retóricas, como en siglos pasados se emplearon para contar las vidas de los santos, el autor quiere convencer y orientar a los futuros gobernados. El también espiritista defiende a Madero, el primer presidente de México electo por el voto popular en el siglo XX y, para ello, resume sus orígenes, su proceder providencial, su espiritualidad, las visiones y revelaciones que tuvo y el gran milagro que constituye haber derrocado a la longeva dictadura de Porfirio Díaz. Así se completa el “estudio de la personalidad” del caudillo liberal, iluminado desde lo alto para conducir a la nación mexicana hacia nuevos derroteros.

Palabras clave:

Hagiografía; espiritismo; liberalismo; Francisco I. Madero; Rogelio Fernández Güell

Madero, a saint? Spiritist liberal hagiography in a letter of Rogelio Fernandez Guell, 1911



Abstract:

This article shows how the Costa Rican poet and journalist Rogelio Fernández Güell constructs an hagiography of Francisco I. Madero at a key moment in History: elected President of Mexico will assume the Head of State in November of 1911, and critical voices lack against his supposed missing "gift of command" and his "disability" to govern the nation after the Mexican Revolution. Through persuasive rhetorical strategies, as in the past centuries they were used to tell life of saints, the author pushes to convince and to guide future governed people. He also defends Madero, the first President of Mexico elected by popular vote in the 20th Century, and for this purpose he summarizes his origins, his providential obedience, his spirituality, visions and revelations he had and the great miracle that means overthrowing Porfirio Díaz's long dictatorship. Liberal leader's "study of personality" is finished, after explaining the way Madero was illuminated from Heaven to lead Mexican nation into a new route.

Key words:

Hagiography; Spiritism; Liberalism; Francisco I. Madero; Rogelio Fernández Güell



Madero, ¿un santo? Hagiografía espírita liberal en un escrito de Rogelio Fernández Güell, de 1911

Introducción

La hagiografía es la vida de los santos, género que se popularizó desde el Medioevo. Quizá una de las más conocidas fue la de Francisco de Asís, hecha por Buenaventura. Aunque para los historiadores de hoy, como Jacques Le Goff, aquella biografía ignoró “las exigencias de la ciencia histórica moderna, ya que es tendenciosa y fantasiosa”, todavía a finales del XIX se le consideraba como la auténtica vida del fraile (Le Goff, 2003, p. 29). Pese a sus ‘inexactitudes’ o ‘mitos’, la hagiografía como género, entre importantes teóricos del siglo XX como Père H. Delehaye, Mijaíl Bajtín o Michel de Certeau, no debe escrutarse a la luz de la verdad sino entenderse a partir de su intención; esto es, que la vida de un santo es un ejemplo y es narrada para emularlo.

Hagiografía es una “palabra tardía, probablemente del siglo XVIII” y que antes bien, durante el siglo XVII, más bien se conoció como hagiología o hagiológica (García de Enterría, 1991-1992, p. 191).

Certeau (1993, p. 259) detecta el surgimiento de un “abismo” entre las biografías eruditas y las vidas edificantes que se escribieron en el XIX; las segundas “se difunden mucho y se consagran más bien a contemporáneos muertos «en olor de santidad»”. Los románticos, agrega Bajtín (1998, p. 163), “solían interrumpir la obra, o la concluían con hagiografías tradicionales o misterios”. Así pues, en el salto del XIX al XX, los *hagiografiados* ya no solo fueron los devotos cristianos sino “otros personajes, los de la política, del crimen o del amor, [quienes] sustituyen a los «santos», pero se mantiene la división entre las dos series” (Certeau, 1993, p. 259): eruditas y edificantes. Un ejemplo: Hernán Cortés salió del olvido en el que se había colocado desde el XVII y no pocas biografías elogiaron sus proezas militares, como fue la de Henri Lebrun, *Aventures et conquêtes de Fernand Cortès au Mexique* [1839].



Washington Irving, por su parte, rescató a Colón con su *A History of the Life and Voyages of Christopher Columbus* [1828]. No dejó fuera las que escribieron, en el siglo XX, sobre el Benemérito de las Américas, como *Vida de Benito Juárez* [México, 1874], de Gustavo Adolfo Baz.

En el presente artículo se busca demostrar cómo Rogelio Fernández Güell se propuso realizar un “estudio de la personalidad” de Francisco I. Madero, a través de un folletín titulado *El moderno Juárez. Estudio sobre la personalidad de D. Francisco I. Madero*. Empero, terminó por ser el hagiógrafo del entonces candidato electo a la Presidencia de México. Esta obrita, de apenas 16 páginas, contiene todos los elementos de la hagiología tradicional, con la peculiaridad de ser espírita y liberal, al mismo tiempo. Fue publicada por entregas, primero, en *El Amigo del Pueblo. Órgano del Club Libertador “Francisco I. Madero”*, un periódico dirigido por él mismo y, en poco tiempo, como una “edición especial” de 80,000 ejemplares que salieron de las prensas de Tipografía Artística. Este tiraje se habría editado en la segunda mitad de octubre de 1911, pues la fecha no está especificada en la edición.

El paso de pocos a múltiples lectores obedecería a una causa concreta, esgrimida por el autor: ciertos sectores de la intelectualidad política y económica especulaban sobre la capacidad del Presidente electo para gobernar y, en particular, su “don de mando”. Sacar masivamente el “estudio de la personalidad” tendría el propósito de ser propaganda edificante, para persuadir a los lectores del valor providencial que recaía sobre don Francisco, quien estaba por iniciar su gobierno. Bien lo advertía su autor: mientras los detractores se apaciguaban cuando Madero entró triunfante a la Ciudad de México, el 6 de junio de 1911, poco después volvían a las “estocadas traidoras” para que, “con jesuítica zalamería se propaguen mortales calumnias y que se escondan puñales en ramos de flores”.¹ Un ejemplo del “jesuitismo político”² de

¹ *El moderno Juárez. Estudio sobre la personalidad de D. Francisco I. Madero*, en adelante, *Personalidad*.



esos meses, era un artículo publicado por *El Heraldo* que “parece la encarnación de la falacia”: califica a Madero como “gloria de la humanidad” pero lo “arroja al abismo de los ineptos” (Fernández Güell, 1911, p. 4).³

Resultará interesante observar que, tratándose de la vida de santos, Madero, *strictu sensu* no lo era, ni en ese momento de la historia ni después: sin ser monje, vivía austeramente pese a ser un acaudalado empresario coahuilense y amante de la filosofía, que apostaba todo por la democracia y que, al final, optó por el alzamiento armado. Sin embargo, desde su campaña presidencial, el fraude electoral de 1910, su llamado a la Revolución, los meses de guerra y los *Tratados de Juárez* —con los que se pactó la salida del presidente y de su vicepresidente, Ramón Corral—, y luego de ganar en las urnas a través de una coalición con el 99.27% de los votos, el “milagro” que pocos avizoraban en el panorama, ocurrió: Madero ponía fin a la dictadura de Porfirio Díaz.

De esta forma, Fernández Güell buscaba que sus lectores advirtieran la profunda transformación que se registraba en la vida política de México, con el nuevo gobierno arraigado en la tradición liberal de México, desde finales del siglo XIX. *Personalidad* tenía la misión de popularizar la leyenda del nuevo “redentor” que llegará a la Presidencia con un pueblo extasiado por la libertad alcanzada.

² El término es empleado desde la primera mitad del siglo XIX para referir la reciedumbre a la innovación en el terreno de lo público, defendiendo a la jerarquía eclesiástica. Julián Sauquillo estudia la herencia del catolicismo de corte jesuítico impresa en los gobiernos modernos, desde su creación por san Ignacio de Loyola: una burocracia que tenía como personaje central al funcionario (Sauquillo, 2011, pp. 83-104).

³ Fernández Güell cita los calificativos del articulista, de quien no proporciona su nombre: Madero es “un vidente, un apóstol, un valiente, un hombre que por su perseverancia, organización, oportunidad y abnegación ha llenado con sus hechos aurinas páginas de nuestra historia”, pero “si dejamos que el C. Madero llegue a la Presidencia de la República, convencidos de que lo hará muy mal, habremos cometido un delito de lesa patria”. Más adelante, le agradece la revolución pero “lo vemos tan torpe” como político, “no podemos menos que prescindir de él”. (Fernández Güell, 1911, p. 5).



La hagiografía

Es necesario comenzar con una breve revisión del género empleado para la redacción de esta obra.

Certeau (1993, p. 258) afirma que la estructura propia de, cuando menos, la *Vida de San Martín*, “no se refiere esencialmente «a lo que pasó» como ocurre en la historia, sino a «lo que es ejemplar»”, de ahí que para historiadores como Jacques Le Goff, cuando menos la de San Francisco, haya sido contada sin el rigor del método histórico-crítico. Y es así porque una característica casi única de las hagiografías es la existencia de virtudes extraordinarias, milagros que demuestran la misión del héroe y un poder, desde lo alto, que atestigua y protege. Por esta razón, según Bajtín (1998, p. 163), interpretar una hagiografía significa recurrir a la “tradición simbólica” o convencional. De otro modo, los milagros, en particular, no tendrían una explicación científica y resultarían una pifia para el lector que busca conocer los hechos como acontecieron.

A diferencia de la biografía, su autor no es el personaje sino aquel que goza de la “autoridad del testigo o de quien escribe” (Durán, 2008, p. 126). Tomando como modelo la hagiografía de San Francisco, el escritor debe destacar la progenie del fiel, detectar las señales providenciales que le anuncian su misión, advertir sus lidias con demonios y males, encomiar la protección de seres celestiales y, muy importante, exaltar la realización de milagros. Por tradición, no es relevante la comprobación de los hechos *hagiografiados* pues más bien se debe creer en ellos. El cometido del autor es lograr la verosimilitud. Tomo como ejemplo la *Leyenda mayor de San Francisco*, hecha por Buenaventura [1263]: se brinda al lector fecha de nacimiento (en el año 1182) y su origen (“de padres ricos y burgueses”), salpicando esta narración de virtudes (“elegancia de sus modales”, “modelo de obediencia”, etc.), con anécdotas (cuando besó al leproso, cuando se despojó de sus ropas frente a su padre y el obispo, en señal de auténtica pobreza), con



las visiones del santo (los tronos celestes) y los milagros realizados (los estigmas en su cuerpo, la curación de Juan de Lérída). Después, el hagiógrafo debe destacar la forma como murió (1226) y posterior canonización (1228) (Buenaventura, 2010). Al estudiar manuscritos hagiográficos del Medioevo, García de Enterría incluye otros elementos periféricos al esquema de Buenaventura que he ofrecido: el demonio que tienta; los aparecidos (fantasmas, monstruos, brujos) que mal aconsejan; las “visiones celestiales, voces, conversaciones misteriosas, sueños premonitorios” que guían; la constante victoria del espíritu sobre el cuerpo y la materia; y, en muchos casos, la realización de milagros aun cuando el santo ha fallecido.

Para el siglo XVIII y, en adelante, las hagiografías pertenecerían al terreno de la literatura fantástica, justamente en la medida en que el racionalismo, al que se refiere Certeau, fue impidiendo que hechos considerados milagrosos pudiesen estar sujetos a una comprobación. “El ideal de verificación, la limitación del saber a lo com-probable culmina en el reproducir iterativo” (Gadamer, 2010, p.p. 54-55). Para contrarrestar los efectos de esta corriente, “hizo época”, según Certeau (1993, p. 257), la obra *Las leyendas hagiográficas*⁴ de Delehaye (1907, p. VII-VIII), en donde recordaba los umbrales del género para detener la desacreditación en que se hallaba. En efecto, desde la introducción a la obra, el jesuita reprochaba que quien desestimaba al hagiógrafo acababa por denostar al santo: “you are accused of attacking the saint himself, who, it appears, is too powerful to allow himself to be compromised by an indiscreet panegyrist”. Y si, del mismo modo, se dudaba de las maravillas (“certain miraculous incidents”), debía entonces de ponerse en entredicho la fe del lector (“you are at once suspected of lack of faith”).

Puesto que la hagiografía “favorece a los actores de lo sagrado (los santos) y tiene por fin la edificación (una “ejemplaridad”)", para el autor de ella,

⁴ *Les légendes hagiographiques* [1902] fue publicada pronto en varios idiomas. En 1907, V. M. Crawford hizo la traducción al inglés, la aquí empleada. Es de su pluma también *Los orígenes de culto a los mártires* [1912].



la fantasía está justificada, siguiendo a Certeau (1993, p. 257), y sus virtudes pueden ser, incluso sobrevaloradas (“should be endowed with all the virtues”), reafirmaba Delehayé, quien aceptaba que tienen algo de mito o bien, que los hagiógrafos emplean elementos míticos. El jesuita francés excusaba la verosimilitud de estos relatos, pues no debiera perderse de vista su intención: al buscar impresionar al lector, un autor está consciente de que solo puede lograrlo mediante la combinación entre lo sobrenatural y lo maravilloso: “hence it is that popular legends overflow with marvels. Visions, prophecies and miracles play a necessary part in the lives of saints” (Delehayé, 1907, p. 54, 4 y 51).

Afirma Bajtín (1998, p. 162) que el autor de una hagiografía tiene el cometido de mostrar su piedad y, por tal motivo, la forma de su escrito “se vuelve tradicional y convencional”, repetimos, puesto que narrar una vida, “que es significativa en Dios”, implica negarse a sí mismo y “por tanto acude a las formas consagradas por la tradición”. Es como el icono: “evade la transgresión limitante y demasiado concretizadora”, pues el propósito no es restar “peso a la autoridad” (p. 163). En 1915, Max Scheler (1961, p. 41) explicaba el rol del santo (del genio y del héroe) y establecía que su prototipo originario debía hallarse en el “fundador” de cada religión (Jesús, Buda, Mahoma), apoyándose “en fuentes de conocimiento que trascienden la razón natural universalmente válida”.

Espiritismo y liberalismo en Madero y sus correligionarios

Enseguida, vamos a conectar en la historia, el tema de la hagiografía con el autor de la misma, Rogelio Fernández Güell, y su *hagiografiado*, Francisco I. Madero. Ambos se conocieron personalmente cuando la revolución maderista cumplía cinco meses. El 26 de abril de 1911, el escritor y filósofo nacido en Costa Rica llegaba en tren a El Paso, Texas, para trasladarse de forma inmediata al campamento que el jefe militar tenía a unos 200 metros de la línea



fronteriza. En *Episodios de la revolución mexicana*, obra que publicó en 1915 (aunque, quizá por error, se imprimió el año de edición como 1914), el cronista expresaba su sorpresa por la sencillez del líder, “nervioso y de voz un poco recia” cuya primera plática lo dejó impresionado:

En mi conversación con el señor Madero, nuevamente se reveló el hombre altruista, el filósofo de miras amplias y de sentimientos elevados de quien yo tenía noticia, y al volver a El Paso esa noche, mi corazón palpitaba de júbilo, pues veía cercano el fin de aquella lucha fratricida (Fernández Güell, 1914, p. 68).

A los dos los unía el espiritismo, doctrina o religión⁵ que caló entre las clases medias y sobre todo, altas, desde finales del XIX en Europa y Latinoamérica. Tenía en común con el liberalismo el “rechazo del antiguo régimen”, la “creencia en reformar las instituciones y, a veces, hasta de acabarlas (como la monarquía)”, así como un “perfil ético de ayuda al prójimo que habla de su extracción cultural cristiana” (Chaves, 2005, pp. 52-53). El espiritismo tomaba de las religiones su “base fundamental, su salvación y renacimiento más poderoso”, se lee en una editorial de Manuel Navarro Murillo (1913, p. 18) que salió en *La Evolución*, diario espiritista que dirigía, en 1913. El catolicismo, en particular, mal hacía en reprobar el espiritismo si las “hagiografías, panegíricos; evocaciones a santos, patronos o ángeles guardianes” y otras rogativas no eran más que alusiones al espíritu.

A esa doctrina, incluso, Madero y Fernández Güell habían dedicado una buena parte de su quehacer filosófico: el costarricense publicó, entre otras, *Lux et umbra* [México: 1911] y *Psiquis sin velo. Tratado de filosofía esotérica* [México: 1912], dedicado a Madero quien, por su parte, había impreso *Manual espírita* [México: 1911] y escrito comentarios con pseudónimo a cada capítulo del *Bhagavad Guitá*, que iba publicando en *Helios*, una revista espírita que, a su vez, dirigía Fernández Güell, hasta que fue asesinado.

⁵ En su ponencia al II Congreso Nacional Espiritista, celebrado en 1908 y al que no acudió, Madero defendía que se trataba de una religión.



Así pues, los *Tratados de Juárez* pusieron fin a la revolución maderista. Francisco León de la Barra fue nombrado presidente interino en tanto se celebraran elecciones libres y democráticas. Los meses que transcurrieron en ese lapso, esto es, del 25 de mayo al 1 de octubre de 1911, cuando Madero fue electo Jefe de Estado, sirvieron para que el caudillo revolucionario lograra alianzas con los partidos que lo postularon, llevara a cabo una campaña electoral sin precedente en el país y los grupos de poder, ya persuadidos de su segura victoria, comenzaran a inquirir sobre sus capacidades para dirigir al país.

Fernández Güell debió publicar *Personalidad* después del 1 de octubre de 1911, cuando Madero había triunfado en las urnas, pero antes del 6 de noviembre, pues el autor asegura que el líder “llegará” a la Presidencia “en medio de los vítores” (1911, p. 16). El folleto se encuentra redactado, casi todo, en tiempo presente, como si el autor tuviese al personaje sentado a un lado suyo. El también poeta ha percibido que pretenden manchar la reputación del candidato electo y poner en entredicho su liderazgo. En particular, le molestan tres intelectuales (Toribio Esquivel Obregón, Emeterio de la Garza Jr. y Jorge Vera Estañol) y dos editoriales (una, de *El Imparcial* y otra, de *El Heraldo*), solo una de ellas con fecha aportada: el 20 de junio de 1911. En los cinco artículos, tales señores adulan a don Francisco por su valentía, patriotismo y buenas intenciones pero lo consideran no apto para gobernar. “Se trata de eliminarlo, gritando ¡Viva Madero! [Y esto] Es el colmo de la impudicia”, discute Rogelio (p. 5), consciente de que los peligros acechan la causa del “apóstol”, así llamado, cuando tarde, desde la segunda mitad de 1911.

La hagiografía de Madero

Porque contar la vida de un santo es edificar, el escritor debería comenzar demostrando que el venerable Madero es un ejemplo de buenos orígenes (familia reputada y pudiente), colmado de virtudes (erudito, buen militar, buen



político, con don de mando), a quien el Cielo protege frente a los poderes del maligno (el régimen porfirista) y cuya bonhomía llega al extremo de perdonar al agresor. Por ello, no hay nadie mejor que él para presidir a la República pues, además, ganó en las elecciones más democráticas de la historia de México.⁶

Luego de que Fernández Güell ubica al santo en la lidia que le toca padecer, comienza a mostrar su piedad por la causa espírita y maderista. Como Bajtín supone, su escrito “se vuelve tradicional y convencional” porque lo santo, superior a la esfera mundana, requiere negarse a sí mismo, como autor, y echar mano de recursos clásicos para el género. En modo alguno, dicho sea de paso, la renuncia de Fernández Güell a sí mismo, afirmando sobre los méritos de otro, mengua su gran calidad literaria: metáforas vibrantes, arengas convincentes, argumentos sólidos y pruebas verosímiles, cortas y apropiadas para cada ejemplo de virtud que proporciona.

Para que se advierta que Madero no es un mortal más sino un nuevo liberal, patriota y devoto de la democracia “sin paralelo en nuestra historia” (Fernández Güell, 1911, p. 16), propone una exposición dividida en doce apartados.⁷ El primero y el último —“Madero y sus detractores” y “Consideraciones finales”— tienen el propósito de describir contra quién se lucha y por qué la figura del héroe debe ser revalorada como nunca antes. Así, Madero tiene a su favor, cuando menos, diez atributos que corresponden a los apartados del dos al once: es un exitoso hombre de negocios, un intelectual, un político, un militar, un triunfador templado y moderado, un héroe, un

⁶ Nueve años después, Francisco Bulnes desestimó la elección pues el “verdadero pueblo” se abstuvo de votar: “La inmensa mayoría del verdadero pueblo, faltó a su compromiso de ir a las urnas, como lo había preceptuado el apóstol Madero, con paso legal y marcha fúnebre de Calvario a depositar su voto, todo el mundo resuelto a morir inerme, pero glorioso al pie de las urnas cesaristas. [...] Madero fracasó, y era claro que si no había logrado llevar al pueblo a las urnas, menos habría de lograr llevar al pueblo frente a las burlonas bocas de las ametralladoras, ni a sufrir los tremendos golpes mortales de una campaña con un gobierno sostenido por formidables elementos propios, y por los Estados Unidos (Bulnes, 1920, pp. 397-398).

⁷ “Madero y sus detractores”, “Madero, como hombre de negocios”, “Madero como intelectual”, “Madero, político”, “Madero como militar”, “Templanza y moderación en la victoria”, “Heroísmo de Madero”, “Madero como pacificador”, “El «don de mando», “Desinterés de Madero”, “Energía de Madero” y “Consideraciones finales”.



pacificador, tiene don de mando, desinterés y energía. Vamos a revisar los paralelismos estructurales entre *Personalidad y Leyenda mayor de San Francisco*.

Los orígenes del héroe, para el autor, no pueden tener mejor comienzo. Don Francisco es un “joven rico” que:

[...] en la plenitud de las bienandanzas terrenales abandona, como los verdaderos redentores, los halagos del hogar, los placeres de la juventud, los deleites que procura la riqueza, para lanzarse á los campos de batalla, estimulado por ese inmenso amor al pueblo que no dejaba dormir a Desmoulins y mantenía en perpetua turbulencia el alma gigantesca de Dantón (p. 14).

A la manera de Buenaventura —en el esquema convencional que defiende Bajtín para este género—, Fernández Güell destaca que es hijo de “padres ricos y burgueses”. La familia Madero, incluso, ha contado con “hábil financieros”; todos ellos son “grandes industriales, mineros, agricultores”. En particular, Francisco es un excelente agricultor y “en su faz tostada se ha reflejado durante muchos años ese sol que alumbra las campiñas, que dora las mieses, acaricia las vides y enciende en los ojos fulgores de libertad” (p. 6).

Las “virtudes” del *hagiografiado* son múltiples, aún reconocidas por sus adversarios. De hecho, el género mismo “si hablamos con propiedad, [es] un *discurso de virtudes*” (Certeau, 1993, p. 264). Fernández Güell explica cada una de ellas en el capítulo correspondiente aunque todo el tiempo, en realidad, se empeña en destacar su valía en todas las oportunidades narrativas que le ofrece la escritura. Es un “probo industrial” quien, mientras atendió las propiedades de la familia, demostró ser un “excelente agricultor”; suele dar soluciones fáciles y rápidas a asuntos intrincados; no solo es autor de *La sucesión presidencial*,⁸ sino que es un buen escritor de discursos “no largos e

⁸ A todas luces discutible, Francisco Alonso de Bulnes, en *El verdadero Díaz y la Revolución Mexicana*, reflexionó a distancia sobre los efectos del libro: es “una requisitoria de enorme efecto popular” pero “la dictadura no debió haber permitido su circulación y debió haber castigado ejemplarmente al autor” porque “se amenaza al César con la revolución, si no respeta el voto de un pueblo ya apto para la democracia y la libertad de su sufragio”. Madero era un



insubstanciales”, al mismo tiempo que es un erudito en filosofía y religiones, “desde Kapila a Schopenhauer y Spencer, conocimiento en el que pocos lo sobrepujan” (p. 7). Es importante decir que, ningún momento, el hagiógrafo menciona su filiación espírita. Tampoco lo hará en *Episodios de la revolución mexicana*.

Madero es, asimismo, el “nuevo Prometeo”, un “gigante” con una hermosa e impecable “hoja de servicios” en esta vida mundana; un “*leader*” organizado en la guerra y modesto después en la victoria; salva vidas y evita el fusilamiento, como ocurrió con Juan J. Navarro, porque “él prefiere mil veces morir a manos de los suyos que acceder ante una demanda ante la que todo su ser se subleva”. Enseguida coloca la “anécdota” que, en la vida del santo, es inexcusable:

Y Madero salvó a Navarro... Ese día el cielo debió abrirse, y sobre su noble frente, la voz de Jehová debió resonar diciendo: «Es mi hijo muy amado, y estoy satisfecho de él». ¡Francisco I. Madero, tus enemigos podrán prevalecer, el pueblo veleidoso podrá relegar al olvido tus inmensos servicios; mas nadie osará arrancar de tus sienes la inmortal corona que aquel día te ceñiste! (Fernández Güell, 1911, p. 11).⁹

No fusilar a Navarro, significa, según Fernández Güell, que:

[...] el Héroe solo atiende a su deber, éste le grita ¡sálvalo! Y él obedece, haciendo, desde el fondo de su corazón, al Dios de la misericordia, al Dios de la conciencia, el sacrificio de sus más caras ilusiones, mejor

“mamarracho jacobino de lo más vulgar”, un “iconoclasta”, un “pigmeo”. Por su parte, Díaz se había convertido para entonces en una “momia de museo” y en un “verdadero tirano de la antigüedad”. Al aceptar la difusión de la obra, Díaz “hacía pública y solemne renuncia de la dictadura, y su caída era indiscutible” (Bulnes, 1920, p. 390, 396, 394 y 390).

⁹ Mensajes y providenciales también aparecen en el relato del entonces embajador de Cuba en México, quien también profesaba el espiritismo. Por ejemplo, cuando inició su campaña, “Madero, infatigable, lleva de norte a sur, de Sonora a Yucatán, la noticia de su divina misión” (Márquez Sterling, 1975, p. 107). En la cárcel potosina, donde decide levantarse en armas contra la dictadura, solo ve “el campo de sus futuras correrías, a vueltas, agarrado a la Providencia, con su oficio de salvador, y como si de muy alto, de unos miradores clavados en la gloria, le contemplasen, para imponerle el sacrificio, los héroes de cien países hollados y a la postre redimidos” (p. 111). Recién llegado a la Presidencia “sentía, como nunca, además, la mano directora de la Providencia sobre su hombro; sentía la divinidad en su alma pura y cristalina, y en su política, suave, indulgente, paternal, vibraban las grandes afirmaciones de un sincero apostolado” (p. 153).



dicho, de las más bellas realidades, porque ya tocaba la meta de sus esfuerzos en pro de la libertad (p. 11).

Así lo escribe el autor que sabe, como afirma Certeau (1993, p. 265), que “una teología va siempre dentro del discurso hagiográfico”: Madero tenía una encomienda divina y la cumplía a cada paso. Estas actitudes demuestran que Madero observa una “conducta nobilísima”, una “magnanimidad de cristiano y de patriota” que, por infortunio, no ha desarmado “las iras de los contrarios”, quienes han montado una “innoble campaña” para desprestigiarlo: “¡empresa vana!” Y han vuelto “a aparecer, más rabiosos que nunca, dispuestos a formar, por todos los medios, una cruzada contra el apóstol de la democracia”.¹⁰ Atacan con arteria política superando a Maquiavelo, remata.

Al lector de esta vida de Madero debía estarle ya quedando claro, a este punto, que el presidente electo era, al tiempo que un revolucionario por necesidad, un pacificador de la nación tan luego se transitó a un entendimiento político. Pero ello no quería decir que careciese de “don de mando”: le pedían, por ejemplo, que tuviera mano dura con Zapata,¹¹ y “Madero se niega á acceder á su petición y entonces llueven sobre él amenazas é injurias. Sin embargo, Madero tenía razón. Si Zapata era inocente, no debía destituirlo, á riesgo de cometer una injusticia”. En este caso “convenía proceder con más prudencia que energía” pues los zapatistas se alzarían en armas. Son virtudes la justicia y la templanza desde la Patrística, y cuando la Providencia puso en un dilema moral al jefe de la Revolución, él devolvió los agravios con perdones.

¹⁰ Bulnes, para ironizar, se refirió a él como el “primer caudillo de la anarquía” como en la página 389 y “apóstol de la anarquía” tres veces en las páginas 390, 391 y 395.

¹¹ Madero consideraba que Zapata era un “general integérrimo”, como enunció en la plaza pública de Cuautla el 18 de agosto de 1911 (Taracena, 2005, p. 380). Sin embargo, el general del Ejército Libertador del Sur, a 24 días de su ascenso a la Presidencia, firmaba el *Plan de Ayala* el 28 de noviembre de 1911, contra el gobierno de Madero.



El líder es también un ejemplo de “patriotismo extraordinario” pues, al no atribuirse la victoria en Casas Grandes (que “a nosotros nos consta”),¹² en marzo de 1911, evitó la tan “temida intervención” de Estados Unidos. No es de los que practican el arte de “sacar el vientre de penas” pero tampoco de los que tienen “desenfrenada sed de mando”; ha sido un sacrificado por su pueblo y “es capaz hasta de inmolarse en aras del deber”.

Nuestro autor compara a Madero con varios personajes, vamos a ver: surgió como Guillermo Tell “llamando a los fuertes montañeses a la libertad”; como Bolívar, cuando comenzó la emancipación con esclavos de sus fincas y como David, elegido de Jehová, cuando luchó para “salvar a Israel del oprobio”. En materia de giras proselitistas, no tiene antecedente: fue el Bryan “en condiciones incomparablemente más difíciles”. Tuvo amor al pueblo como Desmoulins y Dantón, y el “corazón de león” como Plantagenet, pero la:

[...] mansedumbre de un verdadero cristiano, la dulzura del apóstol, la bondad de un redentor, y con la mano con que hiera, salva. Hay en su frente relámpagos y rayos, como en la de Ezequiel; pero sus rayos alumbran cuando hieren y no destruyen más que el mal (p. 16).

Cumpliendo con el género, Rogelio agrega algunas ‘visiones’ que tuvo el héroe antes, durante y después de la Revolución. Recuérdese que, conforme a lo escrito por Certeau, la hagiografía plantea que “todo se dio desde el principio con una «vocación», con una «elección»” que viene de arriba. Para Fernández Güell, armar un ejército y declarar la guerra al Estado que encabezaba Porfirio Díaz era una “empresa temeraria” que “parecía el delirio de un enfermo y que resultó la videncia de un profeta”.¹³ Porque Madero fue tildado de “loco”,

¹² Esta sería de las pocas intromisiones del autor en la hagiografía de Madero que, además, no resulta cierta pues los dos se conocieron al mes siguiente, según él mismo contó en *Episodios*.

¹³ Aún sin ganar la Presidencia, para algunos Madero ya era considerado la prueba cabal de una profecía, según Diego Arenas Guzmán, un contemporáneo: “El señor Madero no es solo el señor Madero; es la aurora boreal de la democracia naciente, que despunta en las lejanías de nuestro patrio cielo; es el anunciado por las profecías de nuestros héroes muertos en la noche tenebrosa y horripilante de las dinastías yacentes” (Taracena, 2005, p. 405).



“soñador”,¹⁴ “visionario” y, mientras organizaba la campaña electoral y propagaba la “idea redentora”, tejía la urdimbre que “derrocó a la dictadura y restableció el imperio de la libertad”. Así, “el «soñador» resultó hombre práctico¹⁵ y los grandes talentos [de los “grandes intelectuales”] resultaron nulidades”. Negar tal fenómeno predestinado sería imposible para el autor. Por ello, Fernández Güell pregunta con reproche: ¿cómo pueden pedir esos intelectuales que no gobierne Madero sino los intelectuales? Estos, “ayer”, no eran más que “los sumisos adoradores de la tiranía, los sayones de la dictadura, los sátrapas, pretorianos y genízaras del despotismo” (pp. 8-9). Es un liberal de cuerpo entero.

En las hagiografías, las anécdotas y visiones están ligadas a los “milagros realizados”. Lo que nadie creía posible ocurrió de forma pasmosa en México: hoy “la República entera despierta de su sopor de treinta años y el pueblo jubiloso se entrega al ejercicio de sus derechos” (p. 16). Por tanto, el prodigio mayor del jefe de la Revolución, en vida, es haber logrado esta “milagrosa transformación política, *sin paralelo en nuestra historia*”; es un “valeroso y genial caudillo”¹⁶ que derrocó una dictadura, y llegará a la Presidencia “en medio de los vítores de un pueblo manumitido para siempre de la servidumbre y del oprobio”.

Aunque ha elevado a Madero a la categoría de santo viviente, el hagiógrafo se percata de que el héroe no puede, ni debe ser un súper hombre porque ya no son los tiempos de los imperios ni las monarquías. México es una república liberal y la lucha reciente ha sido contra la dictadura. Empero, sus

¹⁴ Márquez Sterling afirma que el espiritismo lo cambió y en esa “ciencia en germen”, como afirma le denominó Myers, se engendran “las audacias de este insigne soñador el cambio radical de su existencia y el desbordamiento de sus iniciativas. Maestros de ultratumba le hablan de redención” (Márquez Sterling, 1975, p. 96).

¹⁵ El entonces embajador cubano lo definió como alguien “imaginativo y sentimental” y no gozaba, entre amigos y familiares, de “fama de práctico” (Márquez Sterling, 1975, p. 95).

¹⁶ En Villa Ayala, Morelos, el 27 de agosto de 1911, Zapata tildaba a Madero como “Invicto Caudillo de la Democracia” (Taracena, 2005, p. 383). Después de su victoria en las urnas, Madero a su vez equiparó al general morelense con Espartaco: “no es un hombre, es un símbolo” (p. 412).



detractores no se conforman con la proeza que ha logrado, no les basta que el candidato electo sea un “probo industrial” o un “intelectual”, y “ya andan buscando” no a un “hombre” sino a un “súper hombre”, como “Nietzsche o Maeterlink”. ¿Díaz era un intelectual?, se pregunta. “No”, responde: era un “soldadote vulgar, un capataz ignorante y soberbio”. Por tanto, no debe ser cualidad para llegar a la Presidencia ser un orador como Mirabeau; un bardo como Delavigne, un jurisconsulto como Laurent o un escritor como Lamartine.

Madero, para Fernández Güell, es un apóstol, un santo, pero no un súper hombre aunque, reconoce, “intelectualmente está sobre los Pineda” (de los *científicos*); sobre los Vera Estañol y “sobre toda dorada hueste de «grandes inútiles» de la anterior administración quienes solo sabían «adular»”. Es más, los maldicientes han dicho que le falta algo así como “la macana de D. Porfirio y las «varas de membrillo» que usan los déspotas americanos para inutilizar para siempre a sus enemigos”. Pero don de mando es:

Dominar con el carácter, con la persuasión, con la templanza y el afecto a hombres rudos, de instintos selváticos; transformarlos en paladines de una idea redentora; desarmar la cólera de las multitudes con la palabra; dominar a los rebeldes con el ejemplo de la abnegación y el heroísmo [...] Tal ha sido la obra de ese hombre admirable, de quien se dice que no tiene «don de mando», energía suficiente para gobernar (p. 14).

La hagiografía no puede realizarse sino hasta que el hombre santo muere, es beatificado y luego, canonizado. Fernández Güell redactaba la de Madero como si intuyera, desde 1911, el trágico fin del Presidente. Pero él, afortunado, vivió para contarla en *Episodios de la Revolución Mexicana* un testimonio que publicó desde Costa Rica, en 1914, y que, a diferencia de *El moderno Juárez*, fue consultado hace décadas por algunos investigadores. En fecha reciente, Tomás Federico Arias Castro (2015, p. 25) ha reivindicado la crónica que, en efecto, que ha sufrido un “severo ostracismo cultural y académico” en México y en Costa Rica. A manera de pago, la crónica será publicada en 2018, por primera vez en México, gracias a la Benemérita



Universidad Autónoma de Puebla. Esta edición ha sido revisada por quien esto escribe para conmemorar el primer centenario de su asesinato.

En torno al “estudio de la personalidad” de Madero, como anuncia el título, unas cuantas líneas. Los espíritas, desde mediados del XIX, acostumbraban encabezar o subtítular los nombres de sus publicaciones con el epíteto “estudios psicológicos”. En realidad, eran artículos sobre temas espíritas, noticias o personajes. Véase la *Revista de Estudios Psicológicos*, fundada en 1876, de la Federación Espiritista Catalana. O *La Luz del Porvenir*, antes *Luz, Unión y Fuerza* (que a su vez surgió de la fusión con *La Unión Espiritista*, reaparecida en 1913, y que había sido fundada por la famosa Amalia Domingo Soler, ahora convertida en editora); se imprimía con el subtítulo “revista popular de estudios psicológicos y ciencias afines”. Cuando, en México, *El Siglo Espírita* cambió su nombre por *Helios*, hacia 1915, se titulaba “revista mensual de estudios psicológicos”.

El moderno Juárez es, pues, una hagiografía espírita y liberal. No pocos, después de la Decena Trágica, lo llamaron santo. Y al santo se le rinde culto.

Conclusiones

Rogelio Fernández Güell promete un “estudio psicológico” de Madero y, a cambio, entrega una hagiografía. La primera parte del título, “*El nuevo Juárez*” en nada corresponde al contenido pues a don Benito lo menciona una sola vez, como sigue: Madero “no cedió, no transigió, tuvo esa hermosa terquedad de Juárez que triunfó siempre sobre los enemigos” (p. 15). Debió tener una función propagandística, esto es, equiparar el liberalismo juarista con el maderista.

Como bien sabría que la hagiografía era el principal género del cristianismo para hablar de las vidas, obras y milagros de los santos, y por ende, describir una teología del maderismo, Fernández Güell, de alguna forma, estaba obligado a destacar el cristianismo de Madero: es un mexicano



predestinado a salvar a la nación, y Dios lo dirige.¹⁷ Al mismo tiempo, está dotado de su propio albedrío para enfrentar la dictadura de Díaz pues se ha levantado en armas contra el régimen, al no existir otra opción. Sin embargo, la revolución ha durado poco, escribe sin titubeos. Muchos se extrañan de ello pues, en otros países, como Francia, Inglaterra y España, a las revoluciones sucede “un estado de cosas anárquico *durante varios años*” (p. 13). Y este efecto, en México, duró poco, parece decir, porque una causa tan contundente habría sido entendida muy bien por la mayoría del pueblo de México que guerreó y casi de forma inmediata reencausó la lucha por vías institucionales.

Sin embargo, como el costarricense vaticinó, al asesinato de Francisco I. Madero, acaeció, en efecto, una anarquía política de larga duración que dejó miles de muertos y se alzaron revoluciones diversas en el norte, centro y sur del país con caudillos como Venustiano Carranza, Emiliano Zapata y Francisco Villa.

El autor hacía notar el heroísmo de Madero y sus milagros porque estaba llamado desde lo alto: “Hombre extraordinario que salió de las masas populares [...] llevando el pan de la democracia a todos los hogares antes de lanzarse a la lucha armada” (p. 8). La hagiografía, recordamos con Bajtín, es significativa en Dios, y en este caso, quedaría de manifiesto para su autor que Dios dirigía su plan para la transformación de México. Él mismo, sería nada más el vehículo para transmitir a los lectores estas grandezas, alcanzando las “formas consagradas por la tradición”, como si contara la vida de San Francisco o de San Antonio de Padua. Esto se advierte, sobre todo, a la hora de narrar las visiones y revelaciones que culminan en el derrocamiento del dictador, para abrir paso a una nación democrática y libre. Como el prototipo del santo originario en Scheler, el costarricense asume que el “fundador” de la

¹⁷ A su padre, Francisco I. Madero (1963, p. 297) reiteraba, el 20 de enero de 1909, que su misión era conquistar la libertad de la patria, puesto que la libertad es la única opción “que permite que nos salvemos de la decadencia moral que todo lo invade, y que podamos legar a nuestros hijos una patria próspera, feliz, grande, un medio donde puedan desenvolverse libremente, en donde puedan evolucionar con facilidad a fin de que puedan cumplir con sus grandes destinos”.



democracia se llama Francisco I. Madero, y se apoya “en fuentes de conocimiento que trascienden la razón universalmente válida”, como ya se ha dicho.

Sin embargo, no creo que la oratoria religiosa de Fernández Güell ignorara que la vida, obra y milagros de los santos se vigoriza cuando el personaje ha fallecido, muchas veces, también según la usanza, en condiciones lamentables, martirizado: pienso en las leyendas que cuentan sobre los dos años que pasó encadenado san Pablo, o en el candado que pusieron en la boca de san Ramón Nonato para evitar su predicación, mientras se hallaba cautivo en Argelia. El hagiógrafo, de pronto, se convierte, al mismo tiempo, en una especie de “vidente”: Madero será asesinado, junto con el vicepresidente José María Pino Suárez, el 22 de febrero de 1913, luego de estar preso por un golpe de Estado, en Palacio Nacional. Y, con relativa prontitud, Madero fue *canonizado* por el pueblo. Solares (2000) narra cómo Antonio Caso, al cargar su féretro, lo llamó por primera vez San Francisco Madero.

Al mirar las paradojas: pocos días después del magnicidio, Fernández Güell renunciaba a su cargo como director de la Biblioteca Nacional de México. El nuevo secretario de Instrucción Pública del gobierno de Victoriano Huerta fue Jorge Vera Estañol, aquel que, según el costarricense, admiraba a Madero pero juzgaba que carecía de “don de mando”, y a cuya oficina se adscribía la Biblioteca. Como estaba a media impresión *Los andes y otros poemas* cuando huyó de vuelta a Costa Rica, la revuelta impidió que se tirara el “último pliego. El nuevo ministro de Instrucción Pública (de Huerta) ordenó que fuese destruida la edición. Y lo fue” (Fernández Güell, 1918, p. 15).

En su natal país dirigió *El Imparcial*, en donde se puede encontrar otra parte de su trabajo periodístico. Justo el día que se cumplía el primer lustro del asesinato de Madero, el 22 de febrero de 1918, Rogelio se alzó en armas contra la dictadura de Federico Tinoco Granados, que cayó en 1919.



Lamentablemente, murió asesinado junto con sus compañeros de batalla el 15 de marzo de 1918.

La revista *Luz, Unión y Verdad*, para la cual había colaborado desde 1905, daba noticia de su fallecimiento tres meses después, con estas anónimas palabras con las que el hagiógrafo, por así decirlo, terminó *hagiografiado*:

Era un culto escritor de ancha conciencia, de bondad suprema y liberal en alto grado que cayó en desgracia precisamente por ejercer el sacerdocio del espíritu y por ser amante entusiasta de la libertad, de la justicia y de la razón. Liberal probado, luchó toda su vida por los ideales de un cristianismo sin reserva; su palabra y sus escritos predicaban constantemente la doctrina de una moral sana, justa y beneficiosa para todos, pero los ignorantes y los perversos levantaron barricadas de odio ante su persona, y perseguido se decidió a abandonar a su país [...]. No pudo conseguir su anhelada idea, y unos miserables le enviaron unas balas que dieron con su cuerpo en tierra, elevándose su espíritu a donde las miserias humanas no pueden llegar y en donde todo es luz, amor y perdón, que enviaron sus verdugos (*Luz, Unión y Verdad*, 1918, p. 103).

Hemerografía

Fernández Güell, Rogelio. (1909). "Psicología Trascendental. Carta a Jacinto Esteva Marata". En *Luz, Unión y verdad. Revista Espírita Kardeciana*, Barcelona, Año X, No. 10, p. 289.

Navarro Murillo, Manuel. (1913). "Defensa del espiritismo". En *La Evolución*, Barcelona, Tomo XI, No. 3, p. 18.

"Un ilustre escritor espiritista, muerto a mano airada". (1918). En *Luz, Unión y Verdad. Revista Espírita Kardeciana*. Barcelona, Año XIX, No. 6, pp. 102-103.

Bibliografía

Arias Castro, Tomás Federico. (2015). "Centenario de la primera obra literaria costarricense sobre la historia de la Revolución Mexicana (1915-2015)". *Revista Estudios*, No. 31, pp. 1-29.

Bajtín, Mijaíl. (1998). *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana Bubnova. México; Siglo XXI.



Buenaventura, San. (2010). *Leyenda mayor de San Francisco en Asís*, San Francisco de. *Escritos*. Madrid: BAC.

Bulnes, Francisco Alonso de. (1920). *El verdadero Díaz y la Revolución*. México: Eusebio Gómez de la Puente.

Certeau, Michel de. (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.

Chaves, José Ricardo. (2005). "Espiritismo y literatura en México". *Literatura mexicana*, 16, No. 2, pp. 51-60.

Delehaye, Père H. (1907). *The legends of the saints*. London: Longmans Green and Co.

Durán, Norma. (2008). *Retórica de la santidad: renuncia, culpa y subjetividad en un caso novohispano*. México: Universidad Iberoamericana.

Gadamer, Hans-Georg. (2010). *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme.

García de Enterría, María Cruz. (1991-1992). "La hagiografía popular barroca: entre lo maravilloso y lo fantástico". *DRACO*, No. 3-4, pp. 191-204.

Fernández Güell, Rogelio. (1911). *El moderno Juárez. Estudio sobre la personalidad de D. Francisco I. Madero*. México: Tipografía Artística.

Fernández Güell, Rogelio. (1914). *Episodios de la revolución mexicana*, San José: Imprenta Trejo Hermanos.

Fernández Güell, Rogelio. (1918). *Poesías completas*. San José: ed. [s. p. i.].

Le Goff, Jacques. (2003). *San Francisco de Asís*. Madrid: Akal.

Madero, Francisco I. (1963). *Epistolario. 1900-1909*, ed. Agustín Yáñez y Catalina Sierra, México: SHCP.

Márquez Sterling, Manuel. (1975). *Los últimos días del presidente Madero*. México: Porrúa.

Sauquillo, Julián. (2011). "Un «ethos» para el gobierno y la administración: el liberalismo y el jesuitismo políticos". *Eikasía. Revista de Filosofía*, V, No. 37, pp. 83-104.



Solares, Ignacio. (2000). "Madero en la historiografía de la Revolución". *La Palabra y el Hombre*, No. 113, pp. 55-61.

Scheler, Max. (1961). *El santo, el genio, el héroe*. Trad. Elsa Taberning. Buenos Aires: Nova.

Taracena, Alfonso. (2005). *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*. México: Porrúa.

